

## **En Busca de la Iglesia Familiar**

**Anónimo**

A medida que las familias buscan conformarse a un patrón más bíblico para la adoración en la iglesia, existe un conflicto casi inevitable con las estructuras tradicionales establecidas y aquellos que desean preservarlas. Debemos ser cuidadosos al tratar con estos conflictos de una manera escritural y con un espíritu humilde. Los pastores y otros líderes de la iglesia que puede que se resistan a un modelo de iglesia basado en la familia son hermanos en el Señor y debiesen ser tratados como tales. Lo que sigue es un registro de nuestra experiencia personal a medida que Dios nos dirigía a alejarnos de la estructura de segregación por edades que se practica en la iglesia a una adoración unida en familia. No aseguro que estuvimos en lo correcto en cada una de las cosas que hicimos o en cómo manejamos cada situación, ni es mi intención ser crítico de nadie. Escribo esto tanto para alentar como para advertir a aquellos que están siguiendo la dirección de Dios en esta área. Las aguas a menudo pueden volverse tormentosas, pero como un marinero a bordo de una nave que lucha, si hemos de alcanzar la seguridad de la costa, es la luz de la verdad la que nos guiará hacia allá. *“Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera a mi camino”* (Salmo 119:105).

Estábamos profundamente involucrados en nuestra iglesia local a la que habíamos asistido por 11 años. Yo era un diácono y enseñaba una clase para adultos de la Escuela Dominical. Mi esposa dirigía el ministerio de la sala cuna. Juntos dirigíamos el programa juvenil de la iglesia, junto con nuestro hijo mayor como ayudante y el resto de nuestros hijos entre los estudiantes. Dirigía un estudio Bíblico vespertino los miércoles para adolescentes. Un Domingo cada mes también dirigíamos el ministerio del asilo de ancianos. Por todas las apariencias externas éramos la familia Cristiana comprometida, dedicada a servir al Señor a través de la iglesia local. Estábamos entre “los fieles.”

A este cuadro aparentemente idílico se añadían unos pocos eventos: programas especiales dirigidos a emocionar a los niños o a entretener a los jóvenes antes de alcanzarles con el mensaje del evangelio. Nos encontramos siendo arrastrados con la correntada de “servicio” en nombre del evangelismo, el involucramiento en la iglesia y las obligaciones Cristianas.

En medio de toda esta actividad comenzamos a darnos cuenta que algo faltaba. “¿Qué es lo que en realidad estamos logrando?” nos preguntábamos. Mirábamos la iglesia de jovencitos y observábamos entusiasmo por los premios ofrecidos y se miraban llenos de alegría por los refrigerios y las bebidas. Mientras tanto, las influencias negativas estaban siendo intercambiadas como tarjetas de béisbol, cada uno de los niños estaba dispuesto a escuchar lo que los otros tenían, y todos estaban más que dispuestos a compartirlo. Nuestros propios hijos regresaban a casa de la Escuela Dominical preguntando si \_\_\_\_\_ era una mala palabra, o la razón por la cual no podíamos ver tal o cual película PG13. Cada vez más observábamos que los padres estaban usando los programas de la iglesia para eludir su responsabilidad personal de disciplinar a sus hijos. Algo andaba definitivamente mal en este cuadro.

Comenzamos a vernos a nosotros mismos como cuidadores de los hijos de otras personas, mientras que a menudo teníamos que entregarles nuestros propios hijos a otros. En el

proceso, lo que estábamos intentando edificar en el hogar estaba siendo socavado en la iglesia. Esto ciertamente no era intencional; simplemente estaba sucediendo.

Estoy agradecido que hubo algunos salvados como resultado de estos ministerios. Sin embargo, mientras reflexionábamos en los años de aquellos que habían pasado a través del “sistema,” nos dimos cuenta que pocos crecieron hasta llegar a establecer hogares Cristianos propios. Muy pocos de los niños llegaron a ser adolescentes espirituales. Lo que teníamos era la ilusión de un ministerio de niños efectivo, con la realidad de un fracaso a largo plazo. Las vidas parecían no ser afectadas por la enseñanza y más bien se dificultaban por las influencias negativas a lo largo del camino. Estábamos intentando llevar el bote río arriba mientras la corriente nos arrastraba río abajo. Junto con nuestra iglesia base pensábamos que estábamos cavando un fundamento sobre el cual podíamos edificar, pero en realidad era un surco que sin pensar seguimos sin considerar dónde había ya conducido a otros.

Decidimos retirarnos de la dirección del programa juvenil de la iglesia. Cuando un domingo por la noche se estableció la iglesia juvenil decidimos evitar involucrarnos. Más tarde decidimos que muchas de las influencias que nuestros hijos estaban recibiendo en la Escuela Dominical eran contraproducentes a lo que estábamos haciendo en nuestro hogar. Tomamos el paso de sacar a nuestros hijos de la Escuela Dominical y hacer que se sentaran con mi esposa en la clase de adultos que yo enseñaba. Al momento que estábamos haciendo estos ajustes en nuestras vidas nuestra iglesia se hallaba también en medio de un cambio difícil. El pastor renunció y llegamos a estar bajo la autoridad de varios diáconos quienes ahora supervisaban el ministerio. Habiendo estado tan involucrados anteriormente en los programas de la iglesia, los cambios que estábamos haciendo en nuestra familia indudablemente crearon una mayor confusión en el compañerismo de nuestra iglesia.

Discutí nuestras preocupaciones y observaciones sobre el ministerio de niños con uno de los hombres en el liderazgo y le informé que nuestros hijos se sentarían junto a mi esposa en la clase de adultos. Esto fue visto como una falta de apoyo al programa de la iglesia y como algo ofensivo a la frágil unidad que quedaba después de perder al pastor. Aunque éramos libres de hacer con nuestra familia lo que deseáramos, no se me permitiría servir como maestro de la clase de adultos a menos que cooperáramos con la estructura segregada por edades de la Escuela Dominical. Renuncié a mi posición de enseñanza. Más allá de esta restricción también me fue negada la labor de predicar en ausencia del pastor, un privilegio del que había disfrutado previamente. La razón de esta restricción fue la preocupación de que la influencia de la convicción de nuestra familia de permanecer junta en la adoración se propagaría a otros. Comenzamos a tener una Escuela Dominical con nuestra propia familia en casa y asistíamos únicamente al servicio de adoración. Estas “Escuelas Dominicales” fueron algunos de los momentos más productivos que hemos tenido juntos como familia.

Con el paso del tiempo otras divisiones dieron como resultado la disminución de nuestra iglesia local. Fue un tiempo de gran desaliento para todos. En un momento los hombres que quedaban en la iglesia me pidieron que considerara el llegar a ser el pastor. En una serie de reuniones con estos hombres les expliqué mi visión de un enfoque del ministerio orientado a la familia. La cantidad de hombres se redujo aún más, aparentemente por desacuerdo con esta dirección percibida, si fuese yo escogido para dirigir. ¿Estaba yo destruyendo la

iglesia? Sabía que nuestras convicciones provenían del Señor y que se hallaban bien fundamentadas en la Escritura, no obstante parecía que estas mismas convicciones se encontraban en la raíz de buena parte de la división.

Eventualmente recibí una carta de apoyo pleno para mí como pastor por parte de los hombres que aún quedaban y para la visión orientada a la familia que Dios me había dado. A petición de estos hombres preparé una presentación para el resto de la iglesia en cuanto a esta nueva dirección. Sin embargo, luego de su revisión por parte de los hombres de la iglesia ellos reconsideraron su respaldo y expresaron graves preocupaciones por el enfoque centrado en la familia, declarando que todo era demasiado “abrumador.” Dándome cuenta que el respaldo se había disipado retiré la disposición de ser considerado como pastor y agradecí al Señor el haberme librado del dolor que indudablemente habría venido más tarde. Los hombres restantes conformaron un comité de púlpito que se dio a la tarea de buscar un pastor interino.

Para este tiempo teníamos un deseo muy fuerte de separarnos de nuestra iglesia y comenzar, ya sea una nueva obra o encontrar una iglesia local que compartiera nuestras convicciones. Si la falta de paz para hacer esto fue del Señor o solo una renuencia a hacer un movimiento mayor, en realidad no lo sé. En cualquier caso, permanecimos en nuestra iglesia. Cuando el pastor interino fue llamado se le informó de nuestras opiniones con respecto a la iglesia y la familia. Él también consideró nuestras convicciones como “rigurosas,” y me liberó de una de las responsabilidades que aún me quedaba: preparar el boletín de la iglesia. La razón para esto ya nos estaba sonando bastante familiar: la preocupación de que pudiésemos usar el boletín como un medio para comunicar una influencia contraria a la filosofía de la iglesia. Se nos permitió continuar dirigiendo el ministerio del asilo dado que no representaba ninguna oportunidad de influenciar a otros en la iglesia.

Finalmente la iglesia llamó a un pastor a tiempo completo quien desde el principio fue en pos de un enfoque tradicional. Fue muy cortés y amable con nosotros, pero consideró nuestras perspectivas como extremistas. Nuevamente tuvimos un fuerte deseo de salir de nuestra iglesia, pero después de mucha oración no sentimos ninguna dirección del Señor para hacerlo. Continuamos orando pidiendo la dirección del Señor y la gracia para no desarrollar un espíritu de amargura.

Como a los nueve meses de su pastorado el pastor estuvo de acuerdo en asistir a una conferencia *De Regreso al Patriarcado* con nosotros y otra familia en la iglesia que tenía perspectivas similares a las nuestras. Su propósito al asistir, nos dijo en son de broma más tarde, era descubrir dónde obteníamos nuestras “descabelladas ideas.” Aunque la conferencia no enfatizó el tema de las familias que se quedan juntas durante la adoración, esto sí fue mencionado, y los principios subyacentes de la Escritura fueron enseñados con claridad y poder.

Yo estaba igualmente sorprendido y eufórico cuando, después de esta reunión, nuestro pastor dijo que creía que había visto lo que Dios quería que hiciera en la iglesia. Inmediatamente (y quizá de manera poco sabia, sin consejo) eliminó todos los programas segregados por edades y comenzamos a tener clases para la familia. Se me pidió que enseñara esta clase. Ahora sabía porqué Dios no nos había dado anteriormente paz con

respecto a salir. Por días me sentí como si literalmente estaba caminando en el aire. Los caminos de Dios ahora habían quedado al descubierto, como pronto lo descubriríamos.

Diez semanas más tarde, durante una conferencia en nuestra iglesia, el orador invitado hizo una fuerte declaración en contra del *homeschooling* y su relación con la iglesia local. También fueron despreciados muchos líderes y ministerios Cristianos que tenían perspectivas diferentes a los del orador en asuntos controversiales. Sucedió también que este orador era del mismo instituto Bíblico que nuestro pastor. Asistiendo a estas reuniones se hallaban muchos otros pastores y estudiantes de la misma institución. Una de las reuniones asumió una atmósfera de encuentro deportivo inter-escolar a medida que estos pastores añadían sus “Amén” y “¡Predícalo, hermano!” a los ataques sistemáticos dirigidos hacia otros hermanos y ministerios. Me retiré de esa reunión sumamente abrumado.

Una semana después de esta reunión el pastor me informó que estaría retomando la clase de familias, y que se iría en pos – en un futuro cercano – de un enfoque tradicional segregado por edades, junto con los ministerios previamente abandonados de la Escuela Dominical y el grupo de jóvenes. También se requeriría el involucramiento de nuestros hijos en el grupo de jóvenes y en la Escuela Dominical para poder ser considerados para cualquier posición, ya fuese como maestro o como diácono. Además, nuevamente recibimos la advertencia ya redundante: éramos bienvenidos a asistir pero no debíamos influenciar a otros con nuestra “filosofía del movimiento *homeschool*.”

En vista de este dramático cambio de dirección, y dándonos cuenta que el pastor estaba ahora comprometido con la estructura segregada por edades, comprendimos que nuestra familia había sido empujada a la marginalidad en lo que concernía al servicio en la iglesia. Además, la advertencia de no influenciar a otros nos colocaba en la precaria posición de rebelarnos contra el pastor o censurar nuestras conversaciones con los compañeros creyentes en la iglesia eliminando así cualquier mención de las convicciones que Dios había dado a nuestra familia en esta área. Quizá Dios finalmente había logrado atravesar mi gruesa cabeza, o puede que haya completado el proceso de refinamiento necesario para templar nuestras convicciones. De cualquier forma ahora teníamos la paz en el corazón de que Dios nos estaba permitiendo salir de nuestra iglesia local.

Debido a que a lo largo de los años Dios me ha bendecido con la oportunidad de enseñar y de tener periódicamente algún grado de liderazgo en la iglesia, estábamos en una situación “tremendamente incómoda,” por así decirlo, en este asunto. Sin embargo, no estábamos solos en nuestras convicciones, y cuando nos separamos, muchas otras familias también lo hicieron. Ahora hemos formado un nuevo compañerismo de iglesia y nos estamos reuniendo en el hogar de una de esas familias.

¿Qué hemos de aprender de todo esto?

La lección más grande que hemos aprendido de estas circunstancias es que Dios está soberanamente en control de los eventos y las personas que vienen y llegan a nuestras vidas. Confieso que a veces tuvimos sentimientos de amargura, dolor y frustración por lo que considerábamos reacciones injustificadas y severas a nuestras convicciones. Comprendo que, en última instancia, nuestros sentimientos no estaban dirigidos hacia la gente o hacia

las circunstancias sino a Dios quien providencialmente permite, e incluso dirige, los eventos para enseñarnos y dirigirnos de acuerdo a Su plan soberano.

Segundo, reconocemos la inutilidad y falta de justificación el esperar que otros acepten rápidamente aquello que Dios nos ha enseñado a lo largo de varios años. A menudo cuando Dios abre nuestros ojos para entender alguna verdad, nos emocionamos y queremos compartir eso con otros, esperando que se iluminen y digan, “¡Claro, ¿por qué no habíamos visto esto antes?!” Sin embargo, raras veces otros van a compartir nuestro entusiasmo, y entonces debemos ser cautos de no desarrollar un complejo de superioridad: “Está tan claro. ¿Cómo es que no pueden verlo?” Recuerde, no hace mucho usted tampoco miraba.

Tercero, Dios usó esta experiencia, junto con su tiempo perfecto, para traernos a un punto de decisión justo en el tiempo cuando estábamos asistiendo a otro seminario donde aprendimos los principios escriturales de la jurisdicción. Cuando entendí que, como padre, Dios me había dado jurisdicción sobre mis hijos, incluso con relación a los compromisos con la iglesia, y que una iglesia sobrepasa su jurisdicción ordenada por Dios cuando presiona a los padres para que involucren a sus hijos en actividades donde saben que están presentes influencias negativas, se hizo claro que Dios nos estaba dirigiendo a salir de una situación que era potencialmente peligrosa para nuestra familia. También reconocimos que nuestros hijos podrían ser esa influencia negativa, la cual es también una razón para mantener nuestra supervisión sobre ellos.

Finalmente, los conflictos que experimentamos los condujeron a la Escritura con una intensidad que el estudio casual nunca hubiera logrado. En el esquema global de “todas las cosas ayudan para bien,” ¡cuán bueno había sido esto! Nos dio la seguridad de que no estábamos actuando en base a opiniones personales, o incluso adoptando una práctica con la que nos identificábamos, sino que nuestras convicciones estaban sólidamente basadas en el fundamento de la Palabra de Dios. Fue este hecho el que nos capacitó para no flaquear cuando las presiones para conformarnos y ajustarnos se intensificaron.

Si pudiésemos retroceder y hacer todo de nuevo, ciertamente haríamos o diríamos algunas cosas de manera diferente. Sin embargo, estoy agradecido que en ningún momento en todo este proceso jamás se intercambiaron palabras violentas. Para crédito de aquellos que permanecieron firmes en su convicción a favor de una estructura tradicional de iglesia, las palabras de diferencia siempre fueron dichas en un tono de amabilidad. Por esto estamos muy agradecidos.

A medida que Dios le dirija a tomar decisiones con respecto a su familia e iglesia, sea tan sabio como las serpientes y tan inofensivo como las palomas. Dios aún puede ser honrado en el conflicto, pero no es honrado en el desprecio entre hermanos. Padres, aunque es su responsabilidad honrar a Dios incluso en el conflicto, no sois responsables por las reacciones de otros. Puede ser que la batalla sea intensa. Permaneced firmes, pero seguid siendo humildes. Si hay que llevarse golpes, ustedes tómenlos, y gloriense en el privilegio que tienen de ser los protectores ordenados por Dios de su esposa e hijos. Si el partir llega a ser necesario, háganlo con caballerosidad Cristiana.

“Que Dios nos dé la valentía para cambiar las cosas que podemos cambiar; la serenidad

para aceptar las que no podemos cambiar; y la sabiduría para distinguir la diferencia.”

El autor y su esposa educan a sus cinco hijos en casa en el estado de Nueva York. El autor ha solicitado que no se revele su nombre con el propósito de no señalar a ningún hermano que pueda estar enterado de su situación.

Puede contactarle, si lo desea, a través de *El Patriarca*.